

A) ESTUDIOS HISTÓRICOS

ANDRÉS MARTÍN, MELQUIADES, *Cristianismo y cultura en España. Dos milenios de vida*, Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 2006, 258 pp.

Esta obra, en la que su autor analiza el Cristianismo en cuanto factor determinante de la cultura española, puede ser considerada como el fruto que, hasta el momento, culmina toda una vida de dedicación entusiasta al estudio, la observación y la reflexión sobre los fenómenos históricos y teológicos desarrollados en el seno de las realidades religiosas.

Sin menoscabo de la unidad sustancial del volumen, existe una cierta diferencia entre la primera y la segunda mitades del mismo, que el lector aprecia desde el principio y que debe ser tenida en cuenta para abordar la lectura en línea con las intenciones del autor: el tema cultural, que se anuncia en el propio título general, inspira en especial la primera parte de la monografía, en la que actúa como leit motiv que dirige el análisis temático; mientras que, en la segunda, el centro de gravedad del estudio y la exposición viene constituido por el Cristianismo en tanto que elemento clave y conformador de la Historia en el concreto caso de nuestro país, con particular atención al hecho diferencial hispano y a las relaciones entre el Cristianismo y la política, particularmente desde el inicio de la Edad Moderna hasta nuestros días.

Una obra ambiciosa, recopiladora de casi dos mil años de vivencias y contradicciones, generosa en eruditas referencias, que debemos a los vastos conocimientos y al largo empeño de un especialista en Historia de la Teología española y, a la vez, nacida del compromiso con su fe de un sacerdote que asiste desde su condición de tal al desarrollo progresivo de una sociedad vacía de creencias, que le vuelve las espaldas al Cristianismo hasta el punto de crear una sensación generalizada de fracaso de Dios, mientras que el autor sabe muy bien que el primer gran fracaso, el de la Cruz, fue en realidad el fundamento y la raíz de la salvación.

El Prof. Andrés recorre a través del tiempo el papel del Cristianismo en la Historia de España, y muestra cómo aquél influyó en las relaciones de ésta con el resto de Europa y con América. A tal efecto, y tras una introducción al tema en el capítulo I, divide la historia en cinco segmentos temporales: la época romana (cap. 2), la España visigoda (3), el resto de la Edad Media durante el período de las tres culturas(4), lo que denomina Edad de Oro (5) y, por último, los siglos que van desde la Ilustración a nuestros días (6). En dicho recorrido viene a constatar la enorme importancia que ha tenido el Cristianismo en nuestro país, en el que actuó como factor inspirador de las artes, de las letras, del estudio de las más diversas ciencias -con una influencia determinante- en ciertas instituciones emergentes como fueron nuestras Universidades- y, asimismo, de la vida social, de la política o de las costumbres hasta poder ser considerado como una característica definitoria de nuestra propia identidad nacional. De este modo, el autor constata el hecho diferencial español, que nos separa del resto de Europa en los últimos tres siglos, y que hunde sus raíces en una serie de elementos conformadores de nuestra singular historia: la larga presencia del Islam en suelo español, la convivencia y esplendor de las tres culturas abrahámicas, la proyección universal alcanzada por la Monarquía hispana en una época capital de su pasado, la realización de un modelo propio de sociedad y -algo que creo es necesario destacar- la forma en que la Ilustración y las Revoluciones, con sus consiguientes cambios y consecuencias, se

vivieron en España de otro modo que en el resto de Europa.

Al hilo de sus análisis, siempre interesantes y provocativos, como un torrente repleto de enormes latigazos, el autor pregunta y se pregunta a lo largo de toda la obra, inquiere, anima, propone y pergeña caminos, reflexiones, investigaciones... constatan-do la necesidad de volver a estudiar las fuentes de la historia y de reescribirla desde una perspectiva más moderna, menos contaminada.

Con un lenguaje accesible, la obra nos va acercando a los personajes más influ-yentes –a veces hoy poco conocidos o incluso ignorados– de la España cristiana, desde la Patrística ibérica en adelante, de modo que, para quienes deseen aproximarse a una interpretación en clave religiosa de la Historia de España, resultará una lectura de enorme interés: la historia se humaniza y se nos hace próxima muy en especial cuando llegamos a alcanzar un cierto grado de familiaridad con sus protagonistas. E interesará desde luego también a los estudiosos de las relaciones entre la Iglesia y el poder polí-tico, ya que ese es un campo donde de modo singular encuentra un reflejo la Religión en tanto que elemento capital del entramado cultural y social.

Como hemos recordado más arriba, España quedó -en virtud de razones históri-cas- conectada de modo necesario de un lado con el resto de Europa, del otro con América; al tomar este hecho en consideración, el libro ofrece también un especial atractivo para los estudiosos de la historia tanto europea como americana. El autor ha sabido calibrar además la trascendencia de la aparición y el desarrollo de algunas claves de la formulación y evolución de los derechos humanos (que él denomina “natu-rales”); la cuestión es capital si la relacionamos con el descubrimiento de América, que precede, con sus correspondientes polémicas doctrinales, tanto a las primeras Declaraciones de Derechos de los siglos XVII y XVIII como a todo el planteamiento del tema en el Constitucionalismo liberal. Y otro tanto cabe decir de su atención a cuestiones absolutamente actuales, que siguen preocupando a la bibliografía, como cuanto toca al papel jugado por la Iglesia Católica en España y por el Cristianismo en Europa, o a la no superada pugna entre fe y razón, que hoy se ha convertido incluso en un tema ya más de una vez abordado, como teólogo y como Pontífice, por Joseph Ratzinger-Benedicto XVI. El Prof. Andrés no deja de notar la no superación de los antagonismos generados en este campo, que ocupa a los pensadores desde el siglo XVIII hasta hoy, y que resultan las más de las veces artificiales y superfluos; advierte que los mismos han supuesto un indebido alejamiento del hombre respecto del Dios Creador y Redentor, sobre la falsa o inestable base de resaltar su humanidad y el esencial protagonismo de la misma. Esta pugna, librada por los teóricos de la Ilustración y por muchos de sus más diversos herederos, no ha sido muchas veces acertadamente encauzada por una Iglesia -mejor, por unos pensadores eclesiásticos, en el sentido más amplio de la expresión- que, en ocasiones, se ha mostrado dividida, atomizada, bifron-te, dándose lugar a un desencuentro existencial de ámbito ya multiseccular; un desen-cuentro entre fe y razón en el que ésta va incrementando su peso en detrimento de aqué-lla, de la espiritualidad, de la aceptación de Dios por el hombre y del lugar que toca a la religión y a las religiones a lo largo de los siglos XIX-XXI.

Durante tan largo período se han ido produciendo -y reproduciendo- muchas de las viejas dicotomías que han convulsionado a Occidente, desde las más transcenden-tales y universales (que están en la mente de todos), a las más endémicas y particula-res, como puedan ser las tensiones que genera el binomio “libertad-obediencia” o, respecto de las órdenes religiosas y otras figuras similares, los viejos o actuales conflic-tos del tipo “monacales-mendicantes”, “activas-contemplativas”, “clericales-secula-

res"...). Todo ello merece la preocupación que alienta en el autor del libro que recensionamos y encuentra en sus páginas un adecuado reflejo.

Pero, a efectos de una comprensión cabal de todos estos fenómenos, era necesario presentar también al lector las más señaladas aportaciones del pensamiento plurisecular surgidas a lo largo del camino que el autor recorre. Puede éste, en efecto, no descuidar las perspectivas -teológicas, filosóficas, históricas- que son propias de su personal elaboración doctrinal y, desde luego, realiza una seria aportación al respecto; al tiempo, debe ocuparse y se ocupa de señalar, a modo de miliarios, los nombres de los pensadores hispanos más clásicos y de sus obras, destacando las aportaciones de cada uno de ellos. De este modo el lector se encontrará con Osio, Paciano, Aurelio Prudencio Clemente, Gregorio de Elvira, Eutropio de Valencia, Liciniano de Cartagena, Isidoro de Sevilla, Tajón de Zaragoza, Julián de Toledo, y tantos otros referentes de la formación del pensamiento cristiano en España, a los que es necesario conocer para realizar correctamente el recorrido por la Historia de nuestra Teología cristiana.

Obligado estaba el autor asimismo, y es también una obligación que cumple, a presentar el pensamiento musulmán y judío, claves para el acercamiento a nuestra cultura medieval. En este itinerario son figuras clave las de Avicena o la de Averroes, de un lado, o las de Maimónides o Ibn Gabirol -de otro-, junto a varios otros nombres menos conocidos pero no menos dignos de atención.

La nómina sigue hasta nuestros días, si bien es obvio que resultaría superfluo incluirla aquí. Quizás pueda sorprender que, al incluir la referencia a los pensadores que nos son contemporáneos, de Ortega y Gasset figure solamente una cita, traída además muy de pasada; por supuesto, el autor valora a cada autor según sus criterios, aunque personalmente difiero de los mismos en este caso, puesto que considero que el pensamiento orteguiano posee unas virtualidades casi inagotables que todavía no han sido asimiladas por nuestro país (probablemente tampoco por la vieja Europa, que tanto conocía). En torno a Dios y el hombre escribió páginas, en mi parecer, admirables, en las que con extraordinaria agudeza analiza la angostura de nuestra mente, la pobreza estructural -desde la perspectiva filosófica- de la actitud agnóstica, y la necesidad de reivindicar un Dios también de cuño laico, es decir, evitando su monopolización (apropiación) por parte de las religiones. Basta el enunciado de estas tres proposiciones para comprender el enorme calado y la profunda magnitud del pensamiento de Ortega, lo que justificaría un mayor detenimiento en tan señera figura.

Como todo escrito que se precie, el libro que recensionamos posee un fondo de contenido implícito, mediante el cual trata el autor de transmitir la necesidad de dar una respuesta a la pregunta de "qué es el hombre", puesto que, efectivamente, su esencia y su existencia cambian radicalmente dependiendo de la orfandad o filiación respecto de Dios. Un planteamiento laico e ilustrado respetuoso con el monoteísmo bíblico hubiera podido dar grandes frutos en una sociedad siempre amenazada, carente a veces de principios y "dogmatizada" en exceso en torno a una concreta forma de Gobierno (la democracia), como si el gobierno de las mayorías fuera capaz de definir y distinguir el bien del mal, lo justo de lo injusto, lo verdadero de lo falso, lo recto de lo que no lo es.

El autor reivindica, en suma, la necesidad de comprender la ingente deuda histórica que el hombre de hoy en día tiene pendiente con la Iglesia, la necesidad de reestudiar y profundizar en las claves de las disputas doctrinales, la de poner en positivo y actualizar la pacífica convivencia entre las tres culturas... y, al hilo de esto, se pregun-

ta si la Iglesia de hoy acaso no anda dividida, perdida, debilitada, en cierto modo ausente. Una Iglesia que ha sido referente histórico en todas y cada una de las etapas de nuestra historia pero que, sin embargo, en los tiempos que estamos viviendo, parece verse conducida o sometida, bajo la presión de una sociedad desacralizada, a un proceso de afonía, desposeída del monopolio de la caridad, sin eco.

Es cierto que la Humanidad debe mucho a hombres ilustres que vivieron en y para la Iglesia y al hacerlo vivieron en y para el bien común general; no es menos verdad que entre nuestros contemporáneos no faltan grandes ejemplos de esta actitud. Pero también lo es que el mundo ha alcanzado hoy un ritmo tan frenético que es imposible digerir tanta noticia, tantos avances, tanta tecnología, como para reparar en la deuda pendiente que la sociedad actual tiene con sus antepasados; de ahí que sea tan difícil un cambio de inercia en el tiempo presente.

El Prof. Andrés llega incluso a tratar en su libro del amor y de la mística, lo que debe valorarse a la luz del hecho -para mí evidente- de que, sin el amor, es imposible entender a Dios, como tampoco resulta comprensible el fenómeno religioso, el Derecho confesional o el propio hombre; del mismo modo, sin la mística, el conocimiento de Dios se reduce a pura teoría y las Confesiones quedan convertidas en meros aparatos administrativos o culturales, sedes en las que triunfa el rito y la liturgia a costa de la verdadera esencia del hecho religioso: la espiritualidad.

Amor, estudio, investigación, conocimiento, historia, teología, antropología, experiencia -términos todos propios del trasfondo sobre el que el autor trabaja y construye sus tesis-, son ahora, no nos engañemos, cuestiones residuales en un mundo en el que sólo lo que los medios de comunicación quieren reflejar es lo que aparentemente existe, mientras que lo demás no tiene interés, se mira con desdén o no se mira. De ahí que sea tan difícil la tarea de reflexionar, desde una perspectiva histórica, sobre el papel del Cristianismo en la España actual y sobre las ventajas que tendría una hipotética recristianización de la sociedad y de ciertas instituciones para el próximo futuro. En plantearse esta dificultad, en un capítulo 7 que aborda una propuesta de diálogo sobre los grandes problemas que la superficialidad de la cultura actual no quiere tomar en cuenta, radica buena parte del mérito de la obra que analizamos.

Tal vez por todo esto el autor del libro comentado, a sus 89 años, ha querido también a través de estas páginas proferir un silencioso grito, un grito sosegado en el que pide al mundo que reconcilie al ser humano con su destino, devolviéndole el patrimonio -del que le ha desposeído la historia más reciente- de ser y de sentirse hijo de Dios. Ese tremendo gesto va dirigido a todos, también a las Religiones, a las Iglesias, porque les corresponde la labor de reiniciar un nuevo diálogo con el pensamiento profano e ilustrado al que tanto debemos -por un lado- y del que al mismo tiempo tanto necesitamos recelar.

Estamos, pues, no sólo ante una obra científica sino, además, ante un texto en cierto modo profético, ya que adivina -o quiere adivinar- que una sociedad sin Dios, o en la cuál quede Éste constreñido al ámbito estricto de la conciencia individual, amén de constituir un hecho insólito desde el punto de vista histórico, supone también un desdén hacia una religión o grupo de religiones, lo que redundaría en perjuicio del propio ser humano. Así al menos entiendo cuanto el autor escribe. Y lo que genera esa especie de pánico escénico que subyace en este libro es precisamente el dato, o el interrogante, de cómo resulta posible que, siendo los tres grandes credos monoteístas -y el Cristianismo en particular- factores capitales de los inmensos avances doctrinales, jurídicos y sociales que permitieron al hombre salir de unos siglos de notoria oscuridad,

hoy ese mismo hombre reniegue del hecho religioso, como si nada le debiera (mirando a su pasado) y como si nada pudiera ofrecerle en el futuro. El autor –y en ello radica en buena medida la causa de su esencial preocupación, latente a lo largo de todas sus páginas–, se pregunta sobre la responsabilidad de la propia Iglesia –junto al Judaísmo y al Islam– en el actual olvido de Dios que la sociedad padece. ¿Han encontrado las tres Religiones el lenguaje, el método y las formas adecuadas para cerrar el camino a tan inmenso error?

La lectura conduce, pues, al lector atento a autoformularse una clara llamada a profundizar en tan capital problema, que en el caso español posee un relieve singular y altamente inquietante.

SANTIAGO CATALÁ RUBIO

BORAN, ELIZABETH ANNE y GRIBBEN, CRAWFORD (edits.), *Enforcing Reformation in Ireland and Scotland, 1550-1700*, Ashgate Publishing, Abington 2006, 259 pp.

Nos encontramos ante un volumen colectivo que recoge nueve estudios en torno a diversas cuestiones relacionadas con la Reforma en Irlanda y en Escocia. El fin que persigue la publicación se señala expresamente en la introducción: a pesar del creciente interés en el estudio de la Reforma en Gran Bretaña, los trabajos de los expertos se han volcado casi exclusivamente en el análisis de la Reforma en Inglaterra, relegando lo acontecido en Escocia y en Irlanda. A paliar este desequilibrio tiende el libro que recensionamos.

La perspectiva desde la que se abordan los trabajos es fundamentalmente la de la historia, disciplina a la que pertenecen casi todos los autores. Cada uno de ellos desbroza una cuestión concreta de la Reforma en uno de los dos reinos mencionados. Así, algunos capítulos se centran en el papel que desempeñaron destacados protagonistas del mundo eclesiástico o político; otros analizan instituciones, como las universidades, la prensa o el Parlamento; finalmente, determinados capítulos se vuelcan en un estudio predominantemente sociológico.

A pesar de que el libro no ofrece –no lo pretende– un tratamiento sistemático del tema, sino que aborda cuestiones puntuales en torno al mismo, los capítulos, aparentemente inconexos, terminan, como las piezas de un rompecabezas, por dibujar un paisaje completo. Esto permite que el lector, aún si no es un experto, vislumbre al final un panorama general y certero de la Reforma escocesa e irlandesa. Además, al centrarse cada capítulo en una cuestión concreta y bien acotada, se propicia el rigor en el tratamiento y el interés del libro para los especialistas en historia de la Reforma, público al que se destina principalmente.

Tras la introducción de Elisabethanne Boran, el primer capítulo –redactado por Ciaran Brady y James Murray–, trata sobre la figura de Sir Henry Sydney y su papel en la Reforma en Irlanda. A la luz del análisis del personaje, subrayan los autores las interpretaciones contradictorias de la historia de Irlanda del s. XVI, según provengan de los historiadores políticos o de los historiadores de la religión.

El segundo capítulo, de Elisabethanne Boran, se ocupa del tratamiento de la herejía en las publicaciones de comienzos del s. XVII en Irlanda. La autora muestra cómo